

dación de un nuevo texto, acaba la obra con la proyección de una frase: «No son los héroes quienes hacen la Historia, sino los pueblos»; mientras el segundo aventura la necesidad de que así sea. Finales sobre los que, como antes decía, no es hora de pronunciarse de manera definitiva, aunque tal vez quepa adelantar que el de Nieva me parece más congruente con el drama de Schwartz, en el que la llegada del Caballero sí fue decisiva para la muerte del Dragón. Que esto no deba ser así, me parece una petición lógica, íntimamente ligada a la concienciación política del pueblo; decir que no ha sido así, como expresa la frase proyectada por Hormigón, quizá contradice la línea dramática y el sentido de progresión ideológica contenidos en la obra de Schwartz. Es, justamente, la contemplación del cuento lo que incita al espectador a salir de esa pasividad en que vivía...

De todas formas, ya digo que habrá que ver la obra antes de sacar las últimas conclusiones. Buena prueba de que esta parábola política —escrita en el auge del nazismo, ensayada en Leningrado, como una afirmación socialista frente a Hitler— necesita de la confrontación concreta con el público para adquirir, en cada caso, su significación precisa, es lo que ocurrió en la propia URSS a raíz de su estreno. Lo cuenta Akimov, que le quien dirigió su puesta en escena: «Hubo cinco ensayos generales con público; por lo tanto, toda la gente de teatro, felizmente, pudo ver este espectáculo. Pero en el estreno, al final de la representación, fui llamado al Ministerio de Cultura. Se me dijo que no podía representar la obra. Quedé sorprendido. Se había producido un efecto tragicómico: Schwartz, que sólo había pensado en la ofensiva alemana, en la ideología nazi, mientras escribía esta obra, era sospechoso de otra cosa, de algo tan espantoso que ni siquiera po-

día decirse. No pudimos, pues, representar la obra». Testimonio éste de gran interés, que debe ser contemplado en la historia del socialismo con fuerte espíritu autocrítico. Y que nos sitúa ante realidades precisas, cuyo análisis debe hacerse sin generalizaciones ni el recurso al valor moral pero abstracto de ciertas palabras.

No sé si se estrenará al fin entre nosotros «El Dragón» ni como se estrenará. Sería importante, si eso llega, que se conservara cuanto hay de feérico y de maravilloso en la comedia, precisamente —y esa es su singularidad— como expresión de una lucidez que se pregunta, sin el menor triunfalismo, por los inciertos caminos hacia una sociedad comunitariamente libre, sin Dragones, Alcaldes ni Caballeros... ■ JOSE MONLEON.

**Bataille o la intimidad reencontrada**

El animal está en el mundo como el agua en el agua. En el reino de la intimidad, que es el suyo, todo es solidario de todo, no existe división en sujeto y objeto, la muerte carece de sentido y el tiempo, de realidad... Ese mundo íntimo de los orígenes nos está hoy rigurosamente vedado, y, sin embargo, no siempre fue así.

La nostalgia que había de engendrar necesariamente la progresiva degradación de aquel orden íntimo en el hombre, y los repetidos esfuerzos de éste por recuperar la inmanencia original son el tema de un breve y apasionante ensayo que Fernando Savater acaba de traducir al castellano. Se trata de la «Teoría de la Religión», libro póstumo (publicado en Francia en 1973, a los once años de la muerte del autor) de ese singular místico del ser —buceador incansable de sus profundidades— que se llamó Georges Bataille y cuya importancia real empezamos a vislumbrar.

El primer paso por el camino de la degrada-

ción de la intimidad primitiva, nos explica Bataille, se da en el umbral mismo de la humanidad. Con la fabricación del primer útil, destinado a un fin concreto, inaugura el hombre un nuevo orden, el de los objetos, rompiendo así la continuidad indistinta que caracterizaba al mundo animal.

A partir de ese primer paso capital, correspondiente a la aparición de la conciencia, toda la evolución de la humanidad representará una creciente desvinculación de ambos órdenes. El hombre habrá dejado para siempre de ver en el animal a un semejante y lo mirará en el futuro con un sentimiento, inédito en él, de terror y nostalgia. «La continuidad —escribe Bataille—, única modalidad posible de ser para el animal, opondrá en el hombre a la pobreza del útil profano toda la fascinación del mundo sagrado».

Angustiado por esa pérdida irremediable, el hombre sentirá entonces la necesidad de inventarse un mundo de espíritus —necesariamente objetivado e individualizado en cuanto producto de su conciencia, y sometido, por otro lado, a un riguroso orden jerárquico—, mundo irreal, sagrado y místico que colocará en un plano superior al real y profano de las cosas y los cuerpos, que considerará en adelante como simple desecho de aquél. Sometido cada vez más abiertamente al orden de la finalidad, el hombre buscará formas privilegiadas de escapar al reino de la producción y de lo útil, para recuperar en lo posible la inmanencia de la que una vez salió. Tales formas —o fórmulas—, son, en primer lugar, el sacrificio y la fiesta. El sacrificio representa efectivamente una negación radical del mundo de la utilidad —sólo se sacrifica lo que sirve, y en ningún caso, bienes suntuarios— y una afirmación paralela de su contrario: el orden íntimo, que, casi olvidado, rebrota con la violencia que distingue a todo sacrificio ritual.



George Bataille.

La fiesta —afirma Bataille— no constituye un retorno verdadero a la inmanencia, limitada como está a una comunidad real, a un hecho social dado como una cosa y subordinado como tal a la duración. El violento desenfreno a que da origen la fiesta se halla ordenado y limitado por una «sabiduría conservadora», que no pierde de vista los intereses de la comunidad. De ahí el carácter de compromiso de ambos: el sacrificio y la fiesta se resuelven en el instante.

Frente a esas fórmulas internas, la guerra representa la desviación hacia el exterior de la comunidad de la violencia. Recuperada, no obstante, por el orden militar, esa violencia descontrolada se sistematiza y somete a un fin real de conquista. El cálculo y la eficacia sustituyen al mero derroche de fuerzas, y el sacrificio queda abolido como práctica. Gracias al orden militar, puede surgir el imperio, que no es ya una cosa entre otras, sino, como explica Bataille, el «orden mismo de las cosas», sancionando por el derecho, la moral y, en última instancia, por la razón divina.

Alcanzado con el tiempo el techo de la expansión imperialista, relegada entonces a un segundo plano la fuer-

za militar y superada la etapa que Bataille llama de la «sociedad de mediación», que trata de subordinar el uso de la producción a la moral —al tiempo que se propone conseguir «el fin improductivo de la salvación al modo de las operaciones productivas»— se opera entre el orden íntimo y el de las cosas la escisión definitiva, que libera la producción de su fin primigenio, que era la destrucción improductiva del excedente, con lo cual puede ahora ya dedicarse exclusivamente a la acumulación capitalista.

En este momento, la humanidad renuncia a la «búsqueda milenaria de la intimidad», y el orden de las cosas puede establecer, por fin, su soberanía absoluta. Ahora bien —y es este el punto capital al que trata de llegar el autor—, precisamente en este momento es cuando, eliminadas todas las ambigüedades y mediaciones, la intimidad puede, por fin, afirmarse «sin mayor compromiso que la cosa». Sólo cuando los medios de producción hayan llegado al límite posible de su desarrollo, aparecerá «el sentido de la producción, que es el consumo improductivo de las riquezas— la realización de la conciencia de sí en los libros desenfrenos

del orden íntimo». Superados los vanos intentos de las religiones de la mediación, que no hicieron sino oponer al orden de las cosas los límites de la moral, sin, empero, modificar para nada ese orden, la conciencia reemprenderá a la inversa sus operaciones hasta que, anuladas éstas en el mismo proceso, pueda por fin «encontrar distintamente la noche del animal íntimo del mundo, en la que entrará».

En el último capítulo del ensayo, aboga Bataille por «la destrucción general de las cosas»: el escritor está encerrado en su habitación en compañía de varios objetos: una cama, una silla, una mesa, todos ellos comprados gracias al producto de su trabajo. Sobre la mesa coloca entonces Bataille un vaso de alcohol. Pues bien; es suficiente que el escritor se eche al colete ese vaso de alcohol para que quede automáticamente destruido el trabajo del viñador y, en cierto modo, también —aunque mínimamente— el del carpintero (al anularse por un instante el carácter de instrumento de trabajo que tiene para el escritor la mesa). Es ciertamente un ejemplo limitadísimo, pero que puede multiplicarse al infinito. «Se trata —dice, efectivamente, Bataille— de consumir o destruir infinitamente los objetos producidos. En la medida en que la conciencia prevalezca, los objetos, efectivamente destruidos, no destruirán a los mismos hombres».

Libro de una belleza y una inteligencia inquietantes, «Teoría de la Religión», completa e ilumina otros ensayos de Bataille, y sobre todo «La parte maldita», con el que está estrechamente emparentado. Quien lo lea no descansará hasta conocer el resto de la obra de este autor verdaderamente único. ■ JOAQUIN RABAGO.

(1) Taurus Ediciones, 1975. Otras obras de B. publicadas por Taurus son: «La literatura y el mal»; «Sobre Nietzsche»; «La experiencia interior»; «El culpable».